

Leonardo López Luján

Teotihuacan y Tenochtitlan: la vinculación histórica como elemento de legitimación ¹⁾

Introducción

A raíz de las numerosas excavaciones arqueológicas realizadas durante el último siglo en el centro de la Ciudad de México, han sido comunes los hallazgos de materiales de origen teotihuacano. Aparentemente nada tendría de extraordinaria la presencia de estas manufacturas propias de una civilización cuya influencia se dejó sentir, entre el año 200 y el 650 d.C., en las remotas tierras de El Salvador, Guatemala, Chiapas, Campeche, La Huasteca y el Occidente de México, si se toma en cuenta que el islote de Mexico-Tenochtitlan tan sólo distaba unos 40 km de Teotihuacan, la "Ciudad des los Dioses".

La importancia de estos descubrimientos reside en que, en todos los casos, los materiales teotihuacanos fueron encontrados en contextos de gran importancia política y religiosa de la cultura mexicana (1325-1521). Tanto las vasijas de pastas finas como las esculturas de piedras semipreciosas teotihuacanas rescatadas de las ruinas de Mexico-Tenochtitlan estaban invariablemente asociadas a lugares de culto o depositadas en ofrendas dedicadas a las deidades que los mexicanos veneraban. Además sabemos que por lo menos cuatro adoratorios con algunos elementos que son indiscutibles copias de la arquitectura teotihuacana formaban parte del recinto sagrado de Mexico-Tenochtitlan, centro cívico-ceremonial de primer orden.

En otras palabras, el registro arqueológico da fe de la presencia de ricos bienes y de elementos estilísticos netamente teotihuacanos en el corazón mismo de Tenochtitlan a más de siete siglos de la caída de Teotihuacan.

La recuperación del pasado

Hasta aquí me he referido al hallazgo en la ciudad de México de indicadores arqueológicos de dos fenómenos diferentes, ambos caracterizados por una recuperación y una revaloración del pasado: el reuso de pro-

ductos culturales de una sociedad desaparecida y la imitación de ciertos rasgos estilísticos e iconográficos de la misma. Ambos son fenómenos cuyos ejemplos proliferan en la historia universal.

Por una parte, abundan los casos en los que los artefactos que culturas extintas desecharon, abandonaron, perdieron o enterraron intencionalmente, son recuperados y utilizados por sociedades posteriores. El descubrimiento de dichos artefactos puede ser buscado o fortuito, y la función que le otorgue la sociedad que los recupera puede ser igual o diferente a la que tenían en un principio.²⁾

Por otro lado, existen un sinnúmero de casos en los que los elementos iconográficos y estilísticos propios de otras culturas o de sociedades preteritas son imitados sin comprender — o sin que importe — la lógica contextual originaria. Es decir, no son respetadas la coherencia interna de los viejos estilos, de las proporciones y del simbolismo de cada una de las manifestaciones culturales copiadas por la nueva sociedad. Las imitaciones de sólo algunos rasgos actúan más como evocaciones del pasado que como piezas de un contexto integral. En la historia del arte se conocen fenómenos como retornos. Cabe señalar que con el retorno de formas y significados antiguos se manifiesta el principio de disyunción: las formas que se reproducen pueden adquirir nuevos significados, o bien, los viejos significados pueden tomar formas diferentes.³⁾

En el caso concreto de Tenochtitlan y de la presencia teotihuacana en el Templo Mayor nos asaltan varias incógnitas: ¿Cuál es el origen de los materiales de fábrica teotihuacana encontrados en los lugares de culto a los dioses mexicas? ¿Cómo fueron obtenidos y quiénes lo hicieron? ¿Qué caminos siguieron antes de llegar a la capital tenochca? Pero fundamentalmente, ¿con qué objeto y quiénes los ofrendaron en el Templo Mayor? ¿Qué incitó a la sociedad mexica a imitar formas, estilos y motivos iconográficos propios de la cultura teotihuacana? ¿Por qué se estimaban en forma tan notable los productos de una civilización ya extinta?

Los materiales arqueológicos

Tras los trabajos de excavación emprendidos por el Proyecto Templo Mayor entre 1978 y 1982 se detectaron 41 piezas de estilo teotihuacano y 23 de estilo teotihuacanoide, elaboradas entre el año 200 y el 650 d.C. Cada uno de estos dos conjuntos es muy homogéneo. Para casi todos los artefactos se utilizaron ricas materias primas y se invirtieron en ellas muchas horas de trabajo; es decir, se trata en todos los casos de objetos de lujo. La franca mayoría la constituyen las piezas talladas y pulidas en piedras semipreciosas. Las piezas de cerámica son de pastas finas y fueron destinadas para usos religiosos, lo cual las convierte también en bienes suntuarios.

De acuerdo con sus características morfofuncionales las 41 piezas de estilo teotihuacano ofrendadas en el Templo Mayor pueden agruparse en cuatro conjuntos: máscaras y cabecitas antropomorfas de cuerpo completo; recipientes de piedra verde, y recipientes de cerámica. También fue encontrado en el Templo Mayor un grupo de 23 esculturas antropomorfas, procedentes del actual Estado de Guerrero, con reminiscencias estilísticas teotihuacanas. Incorporan rasgos estilísticos híbridos de tipos locales guerrerenses y de tipos teotihuacanos.⁴) Quizás se produjeron cuando Teotihuacan vivía su máximo esplendor.

La totalidad del material al que hice alusión se localizó formando parte de 10 ofrendas dedicadas a algunas deidades del recinto sagrado de Tenochtitlan. La mayoría de ellas (8 ofrendas) se ubicaban en el templo principal dedicado a Tlálcó, dios de la lluvia y a Huitzilopochtli, deidad solar. Únicamente dos ofrendas con material teotihuacano o theotihuacanoide fueron excavadas en los templos aledaños al Templo Mayor. Las ofrendas que contenían este tipo de materiales, se distribuyen de manera homogénea tanto en el Templo Mayor como en los edificios anexos. A simple vista no parece existir preferencia en el ofrecimiento de este tipo de "antigüedades" a una deidad en especial. En lo que respecta a las etapas constructivas del Templo Mayor en las cuales fueron depositados los objetos en estudio, encontramos una conducta más o menos constante a lo largo del tiempo. Existe una continuidad temporal en el ofrecimiento de este tipo de bienes que tiene sus límites extremos en las etapas constructivas IV-A y VI del Templo Mayor (1440-1502).

Los templos "teotihuacanoides"

Son cuatro los adoratorios encontrados en el centro de la Ciudad de México que muestran un marcado estilo teotihuacano. Estos raros ejemplos de la arquitectura mexicana fueron construidos en el interior del gran recinto ceremonial de Tenochtitlan en los albores del siglo XVI. Los adoratorios comparten una disposición longitudinal de oriente a poniente. Arquitectónicamente hablando, tres de los adoratorios presentan dimensiones y formas casi idénticas, sin que el cuarto deje de parecerseles.

En términos generales, cada adoratorio está constituido por dos partes bien diferenciadas: por un lado, la plataforma masiva del adoratorio propiamente dicho, y, por el otro, un pequeño espacio descubierto al frente, a la manera de atrio. Tanto la plataforma como el atrio, desplantan de un zócalo con que se logra la armonía y la unidad de los templos. La plataforma se caracteriza por su perfil exterior, en el que un corto talud sustenta un tablero de paños verticales que resalta en voladizo. La forma y la proporción del perfil externo de la plataforma es una

reminiscencia del acabado de los cuerpos o plataformas que tuvo su mayor auge en Teotihuacan entre los siglos III y VIII. Es importante agregar que a los elementos teotihuacanos de dichos adoratorios se suman los netamente mexicas. Así por ejemplo, se superpuso en uno de los costados de la plataforma, una escalinata limitada por alfardas con perfil de doble inclinación.

Los cuatro adoratorios tienen una rica decoración policroma. El estilo y contenido de dicha decoración comparte sustancialmente las mismas características del muralismo teotihuacano: bidimensionalidad, juxtaposición visual, técnica, patrones repetitivos.⁵⁾

En resumen, en las cuatro edificaciones coexisten los rasgos arquitectónicos y decorativos presentes en el período clásico teotihuacano, que habían dejado de repetirse por varias centurias, y los elementos que estaban de moda en el momento de la construcción. En efecto, los arquitectos de principios del siglo XVI supieron conjugar armoniosamente las formas y las proporciones teotihuacanas con las mexicas. Sin embargo, a pesar de que en el diseño de cada adoratorio tenochca se hayan "calcado" perfiles de estilo teotihuacano, la solución constructiva dista mucho de la empleada regularmente en Teotihuacan. Tal parece que los mexicas únicamente les importaba la apariencia formal.

Teotihuacan según las concepciones del Postclásico

Tras la caída de la civilización teotihuacana en 650 d.C., la memoria histórica acerca de sus habitantes y de sus pasadas glorias, fue esfumándose con el transcurrir de los siglos, de manera que, a la llegada de los mexicas a la Cuenca de México, muy poco o nada se sabía de los constructores de esa imponente ciudad. Eran diversas las versiones con las que los indígenas del Postclásico pretendían explicar el origen de dicha urbe. Algunas de ellas le otorgaban a Teotihuacan un principio que se remontaba al tiempo mítico. Sus monumentales templos y pirámides impresionaron de tal forma a los visitantes de la ciudad arqueológica, que únicamente le concibieron como una creación divina o como fábrica de seres verdaderamente portentosos o pueblos muy renombrados. La tradición postclásica que señalaba a los gigantes como los constructores de Teotihuacan también deriva de la emoción y del asombro de los pueblos de ese período ante la majestuosidad de las edificaciones. En otras fuentes se cita a Teotihuacan como el paso obligado de pueblos que deambulaban en busca de su asentamiento último. Toltecas y totónacos alargan la lista de los grupos considerados en el momento de la Conquista como los antiguos habitantes de la Ciudad de los Dioses. Los mexicas se forjaron la idea de que la pirámide de mayores dimensiones había sido consagrada al culto solar (Tonatiuh itzacual), la que

huacanas llegarían finalmente a Tenochtitlan como valiosos dones entre individuos de igual jerarquía, que favorecían las relaciones amistosas, o como tributos extraordinarios requeridos para fiestas de entronización o inauguración de algún edificio.¹⁰⁾

Teotihuacan y el Templo Mayor de Tenochtitlan

Como vimos desde un principio, el Templo Mayor de Mexico-Tenochtitlan fue el destino final de las piezas teotihuacanas y teotihuacanoides obtenidas en las ruinas de la Ciudad de los Dioses y de algunos sitios guerrerenses del período Clásico. Los mexicas tenían una estimación tan grande por las antigüedades teotihuacanas que las consideraron dignos obsequios para sus divinidades. Seguramente la alta calidad de la fábrica de estos objetos influyó en su sobrevaloración; pero sobre todo, la supuesta naturaleza mágica de bienes cuya creación era atribuida a los portentosos constructores de las pirámides de Teotihuacan decidió a los mexicas a ofrendarlos en su recinto sagrado. De no ser así, es difícil concebir la causa de que varias piezas rotas y simples fragmentos (el 22 % del material estudiado) se hubieran incluido entre los ricos regalos enterrados en el Templo Mayor.

Si se considera el total de elementos rescatados por el Proyecto Templo Mayor a lo largo de cinco años de labores (alrededor de 7000), el número de piezas teotihuacanas y de copias de dicho estilo parece muy pequeño. Sin embargo, como señalé, cada una de las 64 piezas, ocupaba invariablemente un lugar de preeminencia dentro de la organización espacial de los objetos de su ofrenda. Asimismo, debe tomarse en cuenta el enorme contraste existente entre todas las antigüedades encontradas en el Templo Mayor: proliferan en comparación con las reliquias olmecas (solamente una) y las toltecas (que no pasan de una decena). Por ende, la importancia contextual y porcentual de dichas piezas no puede considerarse secundaria, más aun si se recuerda que los cuatro templos mencionados, de estilo marcadamente arcaizante, tenían una gran implicación semiótica dentro de la trama arquitectónica del recinto sagrado mexica. No todos los objetos teotihuacanos y teotihuacanoides se ofrendaron tal y como fueron encontrados: un porcentaje importante de piezas (25 %) fueron decoradas por las mexicas con anterioridad a su enterramiento definitivo.

En lo que respecta a la ubicación espacial de las ofrendas continentes de los materiales teotihuacanos y de sus imitaciones guerrerenses, resulta muy interesante que obedece a un patrón más o menos homogéneo. Reviste una mayor importancia el que la totalidad del material se concentra en ofrendas pertenecientes o posteriores a la erección de la IV etapa constructiva del Templo Mayor. El contraste con las etapas precedentes es sumamente notorio. En ninguna de las 22 ofrendas enterradas con

anterioridad a la IV etapa fueron incluidos artefactos relacionados con la cultura teotihuacana. Si la cronología tentativa de Matos es correcta,¹¹⁾ puede suponerse que la costumbre de depositar antigüedades en el recinto sagrado de Tenochtitlan se remonta a la época de Motecuhzoma Ilhuicamina (1440—1469).

En otras palabras, estos materiales comienzan a hacerse presentes a partir de 1440 y no dejan de aparecer, cuando menos, hasta la sexta etapa constructiva (1486—1502). Asimismo, los adoratorios teotihuacanoides se incluyen en este lapso, ya que se construyeron alrededor del año 1500. Pero ¿por qué a partir de 1440 se inicia o por lo menos se intensifica la práctica de recuperar y revalorar a las culturas pretéritas? ¿Qué sucedía en ese entonces en la sociedad mexicana para que se fomentara de tal forma la reutilización de manufacturas de pueblos desaparecidos y se evocara un pasado mítico construyendo bellas obras arquitectónicas?

Las estrategias del cambio

El período enmarcado por las fechas extremas de 1440 y 1502 fue de profundas y vertiginosas transformaciones en el seno del mundo mexicano y de sus contemporáneos mesoamericanos. Como bien se sabe, tan sólo cien años bastaron para que los habitantes del islote de Tenochtitlan perdieran su condición de pueblo dominado y explotado por los señores de Azcapotzalco, para convertirse en una sociedad expansionista y sojuzgadora. Fue éste un ascenso rápido por caminos no del todo ortodoxos en la historia mesoamericana. Tras los 62 años que duraron los gobiernos de Motecuhzoma I., Axayácatl, Tizoc y Ahuítzotl, el poder mexicano se volvió preponderante en el Altiplano Central. Es este un período caracterizado por la integración, consolidación y expansión máxima del estado mexicano.¹²⁾

En opinión de Mario Erdheim, tras la liberación de Azcapotzalco en 1428 se registró un cambio muy significativo dentro del sistema político mexicano: el poder central adquirió los recursos económicos necesarios para sostener cuadros administrativos y militares, por medio de los cuales el tlatoani fue capaz de imponer sus designios. La brecha entre gobernantes y súbditos se profundizó en unos cuantos años.¹³⁾

Ante el incremento inusitado de poder político en las manos de unas cuantas personas, se establecieron — no siempre conscientemente — una serie de estrategias de reconocimiento y legitimidad a fin de que dicho poder deviniera en verdadera autoridad. Las nuevas relaciones asimétricas y las crecientes posiciones en materia de derecho, estatuto y poder, tendieron a facilitarse con el uso de argumentos justificativos de diversas naturalezas. Un original cuerpo de doctrina difundida a través de narraciones, mitos, consejos y parábolas, mitigaban en ciertas formas las con-

tradiciones y los conflictos de intereses en las relaciones sociales. Los rituales se utilizaron para reforzar las recientes diferencias en la distribución del poder, del privilegio, del prestigio y de la riqueza. Estos canales que coadyuvaban al mantenimiento de un orden interno, fungían también como elementos cohesionadores de la sociedad ante cualquier ente externo. La ideología a partir del gobierno de Itzcóatl fue un valioso instrumento no sólo para apuntalar su autoridad, sino para movilizar a la guerra. A través de la exaltación de la unidad, de la expresión de una "personalidad común" y del inculcamiento de un alto sentido de solidaridad, los mexicas lograron en menos de cien años la mayor expansión territorial de la historia mesoamericana.

El uso de la religión y la producción historiográfica fueron dos de las estrategias que sustentaron ideológicamente el nuevo status quo. En la sociedad mexicana, el poder y la religión iban siempre de la mano: la religión era un instrumento del poder, su garantía de legitimidad, porque se asociaban el orden político y el orden del cosmos. Cualquier transgresión al orden terreno se consideraba un sacrilegio.

El manejo de la historia también era un valioso instrumento. Preferentemente se registraban hechos irrepetibles de suma importancia para el Estado. Las genealogías dinásticas, las conquistas, la fijación de las tasas tributarias, las migraciones y el establecimiento de linderos territoriales eran los sucesos anotados — y tergiversados — por funcionarios oficiales. La memoria histórica de los mexicas era eminentemente pragmática.¹⁴⁾

Con el ascenso al poder del segundo Motecuhzoma en 1502, se marca la cúspide de la expansión militar tenochca. Esta se encontraba ya muy cerca de sus límites cuando sobrevino la conquista española: los tenochcas y sus aliados eran incapaces de ganar nuevos señoríos aún independientes; no podían financiar lejanas expediciones bélicas que a la larga serían poco redituables, y luchaban denodadamente por acallar las sublevaciones de los pueblos subyugados.¹⁵⁾ En ese momento, a la vez que se lograba el máximo orden económico y social, se divisaba un inminente resquebrajamiento del sistema, sistema que requería del crecimiento constante para su supervivencia. Los procedimientos y dispositivos ordinarios no bastaban ya; era indispensable hechar mano de los elementos divinos.

Conclusiones

A mi juicio la recuperación del pasado teotihuacano tiene que ser incluida dentro de la serie de acontecimientos históricos enumerados anteriormente. Ese rescate de una tradición extinta debe entenderse como una de tantas estrategias esgrimidas por la nobleza mexicana para sustentar ante propios y extraños, y ante mortales y dioses, su posición dominante.

Como hemos visto , a finales del siglo XV y principios del XVI, se vivía una época de fuertes cambios en el sistema de representaciones, caracterizados por el inusitado aumento de la sacralidad y la mistificación del pasado. La intensificación del enterramiento de bienes relacionados con sociedades pretéritas y la edificación de copias arquitectónicas de viejas civilizaciones, coinciden con ese lapso. Estos símbolos de un pasado mítico ofrecían a los gobernantes soluciones concretas para solventar los problemas generales que se les planteaban.

Puede suponerse que casi todas las manufacturas teotihuacanas, olmecas y la arquitectura teotihuacanoide y toltecoide habían perdido su significado y función originales. Quizás, despojados ya de connotaciones específicas, habían adquirido la calidad de símbolos sacros por excelencia, de alusiones directas a una vida grandiosa.

Los mexicas rescataron un pasado que nunca fue suyo. Estos recién llegados a la Cuenca de México hicieron así de su presencia un suceso menos contingente y su lugar en el cosmos apareció para los vecinos menos arbitrario. Al final de cuentas, la filiación mítica con los constructores de Teotihuacan los despojaba de todo anonimato, así como su descendencia indirecta del pueblo tolteca los hacía sentirse pertenecientes de un mundo del que se habían adueñado. Tanto en los documentos escritos como en restos arqueológicos aparece ese afán por establecer la "cuerda histórica" de la legitimidad, desde el origen del hombre en Tammoanchan, hasta el gran poder en Tenochtitlan, pasado por Teotihuacan — el lugar de la grandeza — y por Tollan — el fundamento político —. Los mexicas pudieron infundir terror entre sus enemigos y legitimar su hegemonía gracias, entre otras cosas, a que su poder emanaba del Templo Mayor, recinto donde se concentraba la fuerza de las deidades de la guerra y del agua, de los pueblos sojuzgados y de los antepasados.

Notas

¹) El presente trabajo es una parte de una investigación más extensa en vías de edición.

²) Schiffer, Michael B., *Behavioral Archaeology*, New York, Academic Press, 1976, p. 34—36.

³) Kubler, George, "Renascence y disyunción en el arte mesoamericano", en *Cuadernos de arquitectura mesoamericana*, no 2, UNAM, julio de 1984, p. 75—87.

⁴) Covarrubias, Miguel, "Tipología de la industria de piedra tallada y pulida de la cuenca del Río Mezcala", en *El Occidente de México*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1948, p. 86—90.

⁵) Miller, Arthur G., *The Mural Painting of Teotihuacan*, Washington, Dumbarton Oaks, 1973, p. 24—35.

6) Beyer, Hermann, "Relaciones entre la civilización teotihuacana y la azteca", en Manuel Gamio, *La población del Valle Teotihuacán*, v. 2, México, INI, 1979, p. 271-295.

7) Reygadas Vértiz, José, "Estratigrafía y extensión cultural" en Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán*, v. 2, México, INI, 1979, p. 221-269.

8) Ceballos Novelo, Roque, "Manifestaciones intelectuales de la cultura en el período acolhua o post-teotihuacano", en Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán*, v. 2, México, INI, 1979, p. 297-344.

9) Castañeda, Francisco de, "Relación de Tequiztlan y su partido", en *Relaciones Geográficas del Siglo XVI: México*, (6-7), 2 v., Edición de René Acuña, México, UNAM, 1986, t. 2, p. 211-251.

10) Olmedo, Bertina, y Carlos Javier González, *Presencia del estilo Mezcala en el Templo Mayor: una clasificación de piezas antropomorfas*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1986, p. 88.

11) Matos, Eduardo, *Una visita al Templo Mayor*, México, SEP/INAH, 1981, p. 50.

12) Gibson, Charles, "Structure of the Aztec Empire", en Robert Wauchoppe (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, v. 10, Austin, University of Texas Press, 1971, p. 376-394.

13) Erdheim, Mario, "Transformaciones de la ideología mexicana en la realidad social", en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México Prehispánico*, México, CISINAH/Nueva Imagen, 1978, p. 193-218.

14) Nicholson, Henry, B., "The concept of history in Prehispanic Mesoamerica", en *Actes du VIe Congrès International des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques*, t. 2, v. 1, Paris, p. 1.

15) Nalda, Enrique, "México prehispánico, origen y formación de las clases sociales", en Enrique Semo (coord.), *México, un pueblo en la historia*, v. I, México, UAP/Nueva Imagen, 1981, p. 45-165. López Luján, Leonardo, "Los mexicas, últimos señores de Mesoamérica", en José Ma. Javierre (coord.), *Gran Enciclopedia de España y América, Los habitantes. Hasta Colón*, t. I, Madrid, Espasa Calpe/Argantonio, 1983, p. 170-183.

Zusammenfassung

Bei der Ausgrabung des Haupttempels der aztekischen Hauptstadt Mexico-Tenochtitlan im Zentrum der modernen mexikanischen Metropole wurden 64 Objekte im Teotihuacan-Stil geborgen. Es sind hervorragende Zeugnisse des Kunsthandwerks jener Kultur, deren Blüte in der ersten Hälfte des 1. Jahrtausends u. Z. im zentralmexikanischen Hochtal lag.

In der Mehrzahl handelt es sich um Kleinodien der Steinschneidekunst und feinste Töpferwaren, die einst zu kultischen Zwecken hergestellt worden waren. Sie fanden sich als Opfergaben einer mehr als tausend Jahre jüngeren Kultur im zentralen Tempelbezirk der Azteken und werfen somit viele Fragen nach dem Sinnzusammenhang dieser Darbringung

auf. Auch wurden im heiligen Bezirk der Azteken vier Tempel ausgegraben, die zwar ihrem Stil nach, nicht aber den Konstruktionsprinzipien gemäß, teotihuacanoid sind.

Welche Bedeutung besaßen diese Masken, menschlichen Figuren, Gefäße aus Grünstein und die Keramiken sowie die Adoratorien in so später Zeit, als Teotihuacan längst ein Ruinenfeld war, für die Azteken aber ein heiliger Ort der Anbetung uralter Fruchtbarkeitsgötter blieb und zum mythischen Platz der Entstehung ihres Weltzeitalters wurde? — Eine solche Rückbesinnung auf ein angebliches Erbe kann als Bemühen um Legitimierung des Machtanspruches im zentralmexikanischen Hochtal verstanden werden. Es fällt auf, daß die imitierten Bauten ebenso wie die Opferniederlegungen der Zeit zwischen 1440 und 1502 zuzuordnen sind, dem Zeitraum des Erstarkens des aztekischen Staates und der Konsolidierung seiner Macht über weite Gebiete des zentralen und südlichen Mexiko. Diese Aneignung einer längst vergangenen Tradition ist im Zusammenhang mit dem Bestreben des aztekischen Adels zu sehen, seine Herrschaftsposition vor den eigenen Leuten wie den Fremden, vor Menschen wie Göttern zu betonen. Im gleichen Zeitraum nahm die Verherrlichung der Vergangenheit, ihre Mystifizierung und die Bezugnahme darauf neue Formen an, die zur Lösung der anstehenden Tagesaufgaben von Eroberungen und Machtkonzentration dienten. Ihrer ursprünglichen kultischen Bedeutung entfremdet, wurden solche Gegenstände benutzt, da sie einen allgemeinen Symbolcharakter für Heiligkeit erlangt hatten. Auf diese Art eigneten sich die Azteken eine Vergangenheit an, die niemals ihre eigene gewesen war. Als eine ziemlich spät in das zentralmexikanische Hochtal eingewanderte Gruppe versuchten sie, ihr Ansehen aufzubessern. Die mythische Verbindung zu den Erbauern von Teotihuacan riß sie ebenso wie ihre indirekte Abstammung von den als Weise und Künstler verehrten Tolteken aus ihrer Bedeutungslosigkeit. Ihre Anonymität auf diese Weise überwindend, fühlten sie sich als Teilhaber einer Welt, die sie sich so angeeignet hatten. Als ideologische Basis ihrer Machtansprüche entwickelten sie diese „historische Kette“ der Legitimität, die von der Schaffung ihrer Welt in Teotihuacan über Tollan als Ursprungsort politischer Gewalt bis zur Großartigkeit von Mexico-Tenochtitlan reichte. Die Azteken legitimierten so ihre Hegemonie über fremde Völker mittels des Schreckens, den sie verbreiteten. Sie demonstrierten das historische Erbe in ihrem Haupttempelbezirk, dort, wo sie die Macht der Götter des Krieges und der Fruchtbarkeit, der unterworfenen Völker und der Vorfahren konzentrierten.